

ENTREVISTA A FRANCESCO TONUCCI, en el marco del Seminario Internacional Infancias, desafíos y oportunidades – Cruzando saberes y prácticas organizado por Fundación Arcor en 2012.

“HAY UN CONFLICTO QUE LOS NIÑOS NOTAN: LOS ADULTOS LOS QUIEREN MUCHO, PERO LOS ESCUCHAN NADA”

Para Francesco Tonucci escuchar lo que dicen los niños es una cuestión sustancial para cambiar lo que sucede en el mundo. Cree que los adultos no escuchan por “una actitud económica: se dan cuenta que hacerlo cuesta mucho”.

Se sienta en el asiento tapizado de rojo de la primera fila de un salón vacío, iluminado por el sol de primavera en el centro de Córdoba. Su voz, la voz de los niños, pone patas para arriba las condiciones establecidas de una sociedad que vive según parámetros que nos los tienen en cuenta. Creador del proyecto Ciudad de los Niños y promotor de los consejos escolares en las escuelas, entre otras iniciativas, dice que “la primera condición para que se realice una escucha verdadera, es que yo confío y estoy seguro que tú tienes algo importante para decirme a mí, por lo tanto te escucho con la atención, el deseo de aprender algo, de conocer algo tuyo”. Y también recuerda que es un derecho establecido por la Convención Internacional de los Derechos del Niño. Por lo tanto, es una obligación: “Esto significa que más de 20 años atrás, todos los adultos del mundo prometieron a todos los niños del mundo que no tomarían ninguna decisión más sin consultarlos. Fíjate cuán lejos estamos de la realidad y cuán fuerte era la promesa y cuán falsa era la promesa”. Tonucci dirá antes de irse sin apuro que “en este país me pasan cosas raras. La gente me pide que le firme libros, muchas personas me conocen. Me transmiten mucho afecto y reconocimiento. Hay un afecto desmedido hacia mí”. La entrevista se realizó en el marco del Seminario internacional “Infancias, desafíos y oportunidades. Cruzando saberes y prácticas”, que organizó **Fundación Arcor** para conmemorar sus 20 años de actividad. Aquí sus principales partes.

-¿Cómo y qué miran los chicos?

-Los chicos miran la realidad desde su punto de vista, así como hacemos todos, sólo que los niños tienen una altura distinta de la nuestra, por lo cual el punto de vista de los niños es más bajo. Esto es una metáfora física de algo que no es sólo físico, pero también es físico. La realidad vista desde la altura de un niño tiene características distintas. Se han hecho estudios sobre cuánto es peligroso para un niño cruzar una calle, porque no puede ver lo que vemos nosotros, él está bajo la altura de los autos, nosotros vemos todo y ellos ven mucho menos. Esto es un ejemplo para decir que los niños ven cosas distintas de las nuestras porque tienen intereses distintos de los nuestros. Dar la palabra a los niños significa ser curiosos e interesados en este otro punto de vista. Y mirando lo que los niños han dicho en más de 20 años de experiencia de este proyecto de Ciudad de los Niños, podemos notar algunos elementos que recorren en la atención de los niños. A los niños les cuesta mucho que los adultos no les hagan caso, esta falta de atención, de respeto, de escucha, es todo un tema que los niños sienten mucho, es como si a los adultos no les interesara mucho. Hay un conflicto que los niños notan: los adultos los quieren mucho, pero no los escuchan nada. Esto crea una situación conflictiva. ¿Por qué esto, para los niños, es importante? Ellos se dan cuenta que tienen cosas para decir. Algunos niños lo expresan de forma aparentemente paradójica. Un niño de 5 años de Correggio, una ciudad italiana cercana de Bolonia, decía que ‘si los adultos no escuchan a los niños van a encontrar líos grandes’. Este niño seguro que no

sabe mucho lo que está diciendo, pero yo tengo mucha confianza en los niños, hasta pensar que tengan una actitud profética, porque nosotros, al contrario, sabemos que lo que está diciendo es profundamente verdadero. Estamos creando líos enormes, a nivel ambiental, político, moral, económico... Todo este aspecto que los niños notan y que reivindican. Otro aspecto que es típico de los niños y que ven como una falta de respecto de nosotros, los adultos, hacia ellos es el tema del juego, que prácticamente en la ciudad moderna va desapareciendo como forma de juego libre entre amigos en espacios libres, elegidos por un tiempo a disposición de los niños. Los niños discutiendo sobre este tema dicen que no tienen espacios, ni tiempo. Esto abre un conflicto muy importante. Por ejemplo, con la familia y con la escuela. La familia como tiene miedo prefiere inscribir a los hijos a cursos y cursillos por la tarde, gastando bastante dinero, comprometiendo el tiempo de las mamás, especialmente. Hablamos del síndrome de la mamá taxista, que pasa sus tardes acompañando a los hijos en las distintas actividades y esperándolos mientras la realizan. Prácticamente esto se come casi todo el tiempo de los niños y la escuela con las tareas prácticamente termina para ocuparlo todo. Yo creo que son dos elecciones equivocadas. Creo que sería justo que como familias hagamos un paso atrás devolviendo tiempo libre a los niños. Esta mañana escuché algo muy correcto: que los niños tienen derecho a aburrirse. Creo que es muy importante, porque aburriéndose, un niño necesita salirse del aburrimiento, es algo que no se puede soportar; por lo cual, es un estímulo muy fuerte a inventar cosas. Claro, cuando el aburrimiento ocurre en una condición positiva donde los niños pueden buscar otros amigos e inventar otros juegos, es un elemento, un motor para crear. Otra cosa es el aburrimiento en casa, en soledad y en un ambiente aparentemente seguro. Porque para salir del aburrimiento en un ambiente que siempre es lo mismo hay que inventar algo que puede ser peligroso, por ejemplo los accidentes domésticos son mayoría y la casa es uno de los ambientes más peligrosos donde los niños viven. La escuela también debe hacer un paso atrás. Estoy luchando con todas mis fuerzas contra las tareas. Creo que la escuela no tiene derecho a ocupar el tiempo que no es suyo. La escuela ya tiene un tiempo muy largo, 4, 5, 6 horas cada día, debería ser suficiente por todo lo que necesita y no es correcto invadir el tiempo de la tarde, que es el tiempo de los niños o de las familias, y es donde se debería colocar el tema del juego. De hecho, hoy en día, el juego, que en la Convención de los Derechos del Niño se reconoce como uno de los derechos de los niños, en las ciudades y en las casas muchas veces es prohibido. Esto es un abuso. Un cartel que diga prohibido jugar es un cartel ilegal porque viola el Artículo 31 de la Convención de los Derechos del Niño, que es una ley nacional argentina vinculante y obligatoria. Unos adultos que llaman al policía diciendo que los niños están molestando porque hacen ruido, debería generar que le hagan una multa a este señor que está molestando a los niños.

-Invertir la acción...

-Así es en el derecho. Parece siempre en plan de chiste, pero no es así. Me gustó mucho un cartel que leí en Lima, en Miraflores, el cartel decía: Prohibido jugar a la pelota, excepto niños. Perfecto. Yo estoy de acuerdo. Porque a un joven yo le puedo decir que si quiere jugar a la pelota vaya a una chancha. Pero a un niño, cuando uso el término niño, llego hasta los 10, 11 años, a la primaria y en esta edad los niños deberían poder jugar donde quieran y como quieran. Muy conectado con el tema del juego, está el tema del espacio público. Prácticamente hoy la ciudad ha renunciado al espacio público transformándolo en espacio de movimiento o aparcamiento de autos privados. Estudios italianos de asociaciones de medio ambiente demostraban que el 80% del espacio público es constantemente privatizado por la presencia de aparcamientos o movimiento

de autos privados. Esto significa que como quienes conducen son una minoría de la población, una minoría ocupa prácticamente todo el espacio. Y a los niños les damos un espacio reservado, esas plazas para niños, todas iguales, horizontales, con rejillas, donde los niños tienen que ir acompañados por los padres y que se puede notar muy bien que no tienen nada que ver con el juego. Por lo cual los niños denuncian una ciudad que no es para ellos.

-¿Las situaciones y contextos cambiantes de estos últimos 20 años, han cambiado la mirada de los niños?

-El tema es que las necesidades de los niños no han cambiado y no cambiarán. Lo que va cambiando son los instrumentos que podemos ofrecerles a los niños. Cuando yo era pequeño, hablamos de 65 años antes, cuando empezaba a moverme fuera de casa a los 6 años, mi madre con 4 hijos varones tenía que echarnos porque si estábamos ahí, que era una habitación con una mesa, lo máximo que podía hacer era esperar que termináramos las tareas y después afuera, porque así podía preparar la cena. No se veía ni televisión ni nada. ¿Cómo podía una mamá pedirle a los hijos quedarse en casa? No había manera. Ha cambiado mucho. La tecnología hoy permite a los padres ofrecer a sus hijos instrumentos valiosos para quedarse quietos dentro de casa y aparentemente contentos. ¿Esto es bueno? Creo que todo lo que podemos aprovechar es bueno. No tengo dudas que la televisión es un instrumento de gran valor, ofrece una información a los niños que probablemente supera la misma información escolar; Internet ni hablar. El tema es si estos instrumentos pueden sustituir la experiencia concreta y directa que falta a los niños y la respuesta mía, es no. Hay momentos en la vida en los cuales necesitamos una experiencia concreta, física, tocar las cosas, pelearnos de verdad con los compañeros y no por correo electrónico. Hay tiempos y medios adecuados a los tiempos.

El miedo que yo tengo en este momento es que frente a un ambiente peligroso, los adultos piensen que los niños en lugar de salir de casa, que pone muchos problemas, puedan conectar virtualmente con sus compañeros. Y lo mismo pienso que es un peligro y es un problema, que se puede dar más autonomía a los niños controlándolos virtualmente. Hoy están naciendo, no sé si aquí se habla de esto, aparatos que se pueden poner en el bolsillo de la chaqueta o la mochila del niño o pulseras a lectura satelital y los padres pueden a través del ordenador de la casa perseguir a los niños, ver si pasan por donde se ha pactado. Yo creo que esto es muy grave. En Italia prácticamente todos los niños de 7, 8 años ya tienen celular. Y los padres dicen que el celular les da tranquilidad, porque el pacto con los hijos es que le regalan el celular, le pagan la recarga a cambio de que no lo apaguen nunca porque es el instrumento a través del cual los padres pueden en cualquier momento darse cuenta de dónde están, qué hacen. Es una forma de control y una manifestación de desconfianza muy fuerte, y no creo que sea la mejor cosa para ayudar a los hijos, para prepararlos a vivir en el mundo. En el momento en el cual el niño sale de casa es muy importante que sepa que sus padres confían en él. Le dan reglas, “mira que a las 7 tienes que estar en casa”, “cuidado, no cruces esta calle”, pero después nada más, y cuando el niño vuelve, cuenta lo que ha ocurrido.

-El desarrollo de las sociedades parece haber potenciado los miedos y esto es un condicionante evidente ¿En qué medida puede modificarse esta percepción tanto en la escuela, como en la familia?

-Usted es un periodista y tiene un medio donde publica. Vosotros sois uno de los responsables de este fenómeno. Considero que hoy el miedo es casi una invariante. El miedo es de todos. Peligros hay algunas veces y el miedo no es proporcional al peligro, casi no depende del peligro, depende de una imagen de peligro que la gente tiene. La

imagen se construye con los medios que producen una opinión social y creo que las dos entidades que tienen responsabilidad en este sentido son la política y los medios de información.

Si la política empuja mucho sobre el tema de la inseguridad social, para prometer a los ciudadanos que lo van a solucionar ellos, significa que están favoreciendo el miedo prometiendo que lo van a solucionar. Pero por el momento le dicen que sí, que la ciudad donde viven es insegura, pero que no se preocupen que cuando tengan poder van a solucionar este tema. Los medios de comunicación hacen una operación un poco distinta, pero que termina con los mismos resultados porque notaron, no sé por qué, que los hechos de criminalidad, violencia, alteran mucho a la gente, le gusta mucho a la gente. En Italia hay transmisiones de televisión de gran audiencia que dedican 15, 20 transmisiones a un mismo hecho de violencia, contra niños por ejemplo. Van reconstruyendo el ambiente, llamando a expertos, psicólogos, criminólogos... Sería para echar a estos profesionales de su colegio profesional, porque están haciendo una operación socialmente muy peligrosa. Porque una persona ¿qué ve? Un delito contra un niño del cual se acusa a la madre, analizado muchísimas veces a lo largo de 7, 8 años, es un delito que uno debería pensar que no es tan frecuente por suerte, y a la gente le da la idea contraria, que como aparece frecuentemente es algo muy común en la sociedad donde estamos, por lo cual tenemos el derecho de desarrollar un miedo muy profundo pensando que esto es posible y hasta probable. Claro que un padre que vea probable que su hijo o su hija sufran una violencia, no le puede dejar la mínima libertad. Por lo cual creo que tendría que haber un pacto social. Por ejemplo, los medios de comunicación podrían hacer mucho, asumiendo entre los varios objetivos de su misión y su trabajo, los de ayudar a los niños a salir de casa. Por ejemplo, el tema de los otros que pueden ser peligrosos, esta es una frase que no se debería poder pronunciar porque es falsa. Los otros no son peligrosos. Los peligrosos son los nuestros. Los datos dicen que la violencia contra niños, en un 98% ocurre dentro, no fuera. Sucede dentro de lugares de confianza, primero en casa, de padres, parientes estrechos y después en lugares de educación civil o religiosa. Si es así, debería ser natural que nosotros avisemos a los niños de desconfiar de sus padres. No estoy de acuerdo, pero por favor no hablemos que educar a los niños es desconfiar de los demás. Hace mucho tiempo escribí en mis libros que un adulto debería educar su hijo siempre a confiar en los demás al punto que si le ocurre algo fuera de casa, pare el primer adulto que encuentra. No tengo dudas de que no va a ocurrir nada de malo. Hasta pensar que nosotros los adultos necesitamos que los niños nos molesten, casi como una forma de reeducación social de nosotros los adultos. Este es el sentido en el cual la experiencia que proponemos para que los niños vuelvan a ir a la escuela solos, en el sentido de que sin adultos, con los compañeros, pedimos ayuda a los comerciantes. Claro, los comerciantes no son ni necesariamente buenos, ni educadores, pero son personas adultas que viven en la calle y como los niños se mueven solos, efectivamente pueden tener alguna necesidad y no estoy pensando en violencia y agresiones, estoy pensando en ir al baño, por ejemplo. Por lo cual tener un punto de referencia en el recorrido es importante y da tranquilidad, más a los padres que a los hijos. Proponemos a estas personas que adhieran a la iniciativa y pongan un símbolo en la vidriera y que los niños sepan que donde hay esto pueden entrar y pedir ir al baño, agua, llamar por teléfono o expresar una inquietud. Creo que hoy se debería organizar como un pacto social entre medios de comunicaciones, políticos, y guardia urbana para ayudar a los padres, convencerlos de que no es tan difícil para los niños aprovechar el espacio público, que la comunidad puede garantizar a los niños, puede protegerlos.

-Desde esta filosofía, ¿cómo debería ser la escuela y la educación que nos planteemos?

-Lo primero que me sale es que la educación de un niño tenga como objetivo principal descubrir primero y desarrollar, después, lo que este niño puede hacer y sabe hacer mejor que todo y que todos. El objetivo de la educación debería ser que cada alumno sea el mejor en algo, en lo que prefiera. Esto significa que la familia sea disponible a favorecer a que los niños desarrollen el ámbito que prefieran y no lo que los padres desean o lo que a opinión de los padres el mercado está necesitando. Porque esta es una equivocación fatal. El mercado cambia cada tanto y nosotros vamos preparando ingenieros que no serán útiles cuando hayan terminado la carrera. Lo mejor es confiar que el futuro lo deciden los niños y si cada uno puede desarrollar lo que le gusta más, lo hará con placer, compromiso, llegando a un nivel mucho más alto. Claro que si la escuela se pone en esta tarea debe ser pensada como una escuela para todos y no como una escuela para pocos. La escuela de donde salgo yo era una escuela para pocos, casi todos empezaron la primaria y terminé un porcentaje muy bajo, porque la mayoría debía tomar el camino del trabajo, porque la escuela era para los que seguían. Lo interesante es que los que seguían eran gente que tenía una escuela en la familia. Todas las bases culturales, el interés por leer, el sentido de lo que significa escribir, el sentido de la historia, de la geografía, ya la asumían dentro de la familia. La escuela completaba esta formación, la enriquecía, también de elementos un poco raros como la historia rara, los fenicios, la geografía exótica... Se estudiaban todas estas cosas. Claro que si la escuela se queda en este momento hoy, en que al contrario de entonces todos van a la escuela, y prácticamente todos terminan la obligación escolar, tengo miedo de que la escuela se haya quedado para pocos. Sigue proponiendo cosas que son de completamiento, que son de formación, pero que en la mayoría de los alumnos no existe. Por lo cual estos alumnos no entienden, no siguen. Dicen "falta de atención" y es porque no entienden nada, y no es un problema médico. Ahora se están bombardeando estos chicos con fármacos. Es una pena porque es un problema educativo, no es un problema médico. Les estamos pidiendo hacer cosas que no entienden, y cuando lo entienden no les interesa. El tema es que una educación debería estar preocupada en acoger a los chicos. Es la escuela la que tiene que escuchar. Normalmente la actitud de la escucha se considera una actitud del estudiante. El que tiene que escuchar primero es el maestro, para entender quiénes son los alumnos que tiene, qué saben y cómo lo saben, de manera que trabajando sobre lo que existe vamos profundizándolo, ampliándolo, intercambiándolo entre los barrios. Esto es el trabajo escolar. Esta es una escuela que imagino, la que los niños pueden llegar a reconocer como su escuela. Hoy la mayor parte de los niños va a nuestra escuela y esto produce un esfuerzo enorme, un sufrimiento enorme. La escuela produce patologías, hay niños que no duermen, no duermen bien, tienen actitudes depresivas. En Italia ocurre cada año que hay algunos casos de suicidio de estudiantes por culpa de la escuela. Y eso no se puede tolerar. Y al final, no produce ni el efecto que alguna vez era garantizado que con el título escolar tenía garantizado el trabajo. Hoy la escuela tampoco es capaz de prometer. En Italia, España, tenemos una cantidad de desempleo enorme. Por esto digo que lo único que podría ser importante es hacer que cada niño desarrolle el máximo nivel posible de lo que le gusta más, porque en esto puede ser el mejor, y para los mejores hay trabajo.

¿Qué valor tiene el afecto en la educación?

-Simplemente podría contestar pensamos en una familia, casi no viene la idea de pedir. ¿Qué peso tiene el afecto, el amor, dentro de la relación padres-hijos? Es claro que tiene todo. No digo que debe ser igual, pero si no hay esta dimensión emotiva, no sé si

afectiva... La escuela a la que yo iba de niño era una escuela que dejaba los sentimientos fuera de la puerta como si fuera un lugar ascético, ajeno, un lugar muy serio. Yo creo, al contrario, que los sentimientos hacen parte de la vida y por lo cual deben hacer parte de la escuela, que no significa quererse de una manera banal, pero tampoco los padres quieren a los hijos o los hijos quieren a los padres de manera banal, que no significa que no pasamos por conflictos. Somos generaciones distintas las de los padres y los hijos; la de los maestros y los alumnos. Pero bien vengan los conflictos, los conflictos son importantes; aceptar los conflictos es una manera fundamental para moverse en la educación.

-Usted siempre dice que hay que escuchar a los chicos y lo pone en práctica en la Ciudad de los Niños, ¿por qué la escuela también debería hacerlo?

-Hay que hacerlo porque los niños tienen cosas para decirnos. La primera condición para que se realice una escucha verdadera, porque la escucha se puede hacer por disponibilidad o generosidad; la escucha verdadera nace cuando yo confío y estoy seguro que tú tienes algo importante para decirme a mí, por lo tanto te escucho con la atención, el deseo de aprender algo, de conocer algo tuyo. Esto que la ciencia nos confirma, que los niños son competentes desde los primeros años, por lo cual efectivamente vale la pena escucharlos, porque tienen cosas para decir. La ley hoy lo confirma en la Convención de los Derechos del Niño, por lo cual hoy esta cosa que parece tan rara es una obligación o debería ser una obligación. Es que lamentablemente, aquí los medios de comunicación podrían hacer mucho, la gente no conoce la Convención de los Derechos del Niño. El Artículo 12 es impresionante, yo cuando lo leí de manera profunda la primera vez no me lo creía. Dice que los niños tienen derecho a expresar su opinión cada vez que se tomen decisiones que los afecten y que las opiniones de los niños hay que tenerlas en cuenta. Esto significa que más de 20 años atrás, todos los adultos del mundo prometieron a todos los niños del mundo que no tomarían ninguna decisión más sin consultarlos. Fíjate cuán lejos estamos de la realidad y cuán fuerte era la promesa y cuán falsa era la promesa. Por lo cual tenemos que escucharlos por estas razones. La primera me parece mucho más importante que la segunda, no por obligación pero también hay una obligación. Por ejemplo, las instituciones deberían cumplir con esta obligación, por esto yo propongo los consejos, los alcaldes de los niños y de los alumnos. ¿Por qué no se hace? Porque es incómodo, porque escuchar a los niños con la actitud de tener en cuenta lo que dicen significa estar dispuestos a cambiar, y los cambios cuestan y los niños son radicales en esto. Por ejemplo, para ellos existe un conflicto evidente entre sus derechos y los derechos de los autos. Es vulgar casi. El tema es que nosotros los adultos contestamos indirectamente, pero de hecho es así, que a nosotros nos interesa mucho más lo que es el mundo de los autos que el de los hijos. Cuando los hijos piden más espacios, más libertad, menos coches, menos aparcamientos, les decimos que no es posible, por lo cual, efectivamente, -y los niños se dan cuenta- decimos que los hijos no nos interesan nada. Por lo cual la falta de escucha es una actitud económica de los adultos, que se dan cuenta de que escuchar cuesta mucho.